



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 12 DE ABRIL DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Pequeño homenaje a Luis Eduardo Aute

CADA VEZ QUE ME AMAS.

OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

Se me ha ocurrido pensar, como a veces suele sucederme, que hay muchas formas de volver a la vida. Por ejemplo, cuando alguien solo se desmaya, y está en ese estado por más de dos o tres minutos, y hasta la misma persona cree que ha muerto, mientras que dura en el trance. O cuando se cae en estado catatónico, y se regresa de él. O, también, por qué no, cuando decidimos darle un giro de más de 180 grados a nuestra vida y es tanto lo que mutamos, que pareciera que morimos para revivir siendo otro u otra, según sea el caso.

Volver a la vida de la vida misma o del más allá, puede ser una decisión por voluntad propia o involuntaria, llevados por alguna fuerza extraña que nos impulsa a querer vivir real y plenamente, como si todo lo vivido antes, hubiese sido solo un mal sueño o una pesadilla que, ahora, dejamos atrás, en el pasado, y que borramos o quedó en el olvido.

Algo semejante fue lo que le sucedió a una amiga. Un día se levantó por la mañana, a la misma hora de costumbre y al mirarse en el espejo de su tocador, quedó perpleja. No se reconoció. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Repitió esa acción dos veces más. Me cuenta desde España, y me advierte que no crea que me está jugando una broma o mintiendo. Tras cuatro años de no tener contacto conmigo, pensó en dirigirse a mí porque creía conocerme y sabía que ni me reíría ni la dejaría sin contestarle algo, lo que fuera, en ese momento extrañísimo para ella.

Ahora tenemos los ordenadores y video-llamadas. Pero, preferió antes ponerme al tanto por un "mail" de lo que le sucedía, para que yo no me espantara al verla en la pantalla del monitor. Sin duda, estaba convencida de que la imagen que el espejo le regresó, no correspondía a su rostro; y así me lo dijo.

Eloísa, le escribí, déjame verte. No me asustaré, lo juro (quise darle seguridad, aunque no sabía a qué me enfrentaría). Por fin abrió el video. Lo que vi fue un rostro maravilloso, era ella misma, mi amiga de la infancia, pero no mostraba su edad actual, sino quizás treinta años o menos. -Te ves estupenda, le dije, como si los años no hubieran pasado.

-¡Exacto!, -me contestó. -Tengo miedo, estaré ya muerta o he reencarnado en la que fui hace treinta años.

-Veamos, -le dije- ¿es lo último que recuerdas antes de que te durmieras, anoche. Llegué de una fiesta y mientras me cambiaba y limpiaba mi rostro retirando el maquillaje, dejé correr algunas trovas de Aute, recuerdo que la última que escuché fue "Cada vez que me amas", antes de "Sin tu latido" y "La



belleza"...

Conforme iba contándome de la música, vi que su rostro regresaba poco a poco a la normalidad de su edad actual. Entonces le dije, amiga, el arte y el amor hacen milagros. Tuviste un momento mágico. Mirate de nuevo al espejo, pero prométeme ahora, no llorar.

SIN TU LATIDO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Hay algunos que dicen que todos los caminos conducen a Roma", le dije con una sonrisa a la bartender cuando se acercó, justo al sentarme en uno de los bancos altos frente a la barra. "No me gusta la música de Aute, pero le tengo cariño". Respondió ella de inmediato. "¿Lo mismo de siempre?". Me preguntó con una sonrisa que dejaba enseñar sus dientes perfectos, como el cristal de las copas de champán. Ese día habría yo de descubrir que ella se llamaba Gala, que no siempre le había gustado su sonrisa, y que antes de trabajar en ese bar, había querido ser fotógrafa.

Cuando Gala concluyó el bachillerato, no tenía una guía que le aconsejara qué estudiar. En su familia no abundaban los profesionistas y pensó que quería ser fotógrafa. Su madre la inscribió en una pequeña escuela privada que había fundado el ejecutivo, ya retirado, de una aerolínea internacional. César, como director de la escuela y con la pasión de la fotografía escondida durante treinta años, había logrado conectarse con varios fotógrafos profesionales a quienes ahora contrataba para dar clases.

César podía enseñarles un nuevo mundo a sus alumnos. Los llevaba en grupo a tomar café y a platicar largas horas sobre el medio fotográfico y su historia. Les contaba de Man Ray, Henri

Cartier Bresson y Ansel Adams. De fotografía callejera, de Joan Fontcuberta y su libro El Beso de Judas, y sobre Manuel Álvarez Bravo. Para Gala, que pedía un expreso doble cortado, aquellas pláticas le abría un telón que le mostraba las humanidades, la cultura y la intelectualidad. Ahora visitaba librerías y pasaba horas viendo libros en la sección de fotografía.

Cuando César llevaba a sus alumnos al cuarto oscuro, para enseñarles a imprimir y ampliar, tocaba en la grabadora un disco de Luis Eduardo Aute: Sin tu latido, Las cuatro y diez, Alevosía, Al alba. A Gala no le llamaba la atención esa música, pero la guardaría en el recuerdo con cariño porque estaba asociada a su descubrimiento de un mundo más profundo que el mundo cotidiano que veía en casa.

Para comprar su cámara fotográfica e ingresar a la carrera, ella y su madre dieron vueltas durante horas por las tiendas del centro de la Ciudad de México. Pero los aparatos reflex eran demasiado caros para el presupuesto de su madre. Entonces se dirigieron al monte de piedad y ahí encontraron una Pentax Súper A, con dos lentes: un 50 mm y el otro, un zoom 70-210. La cámara contaba con exposímetro. Una ganga que adquirieron inmediatamente.

En clase, Gala aprendió que, recordando el área en el visor y en la ampliadora, que afectando la apertura del lente y controlando el enfoque, así como con la capacidad para mostrar movimiento a través de imágenes borrosas, podía llegar a un objeto estético, que podía transformar la experiencia visual de la realidad, en arte.

Un día, con sus compañeros de clase en el cuarto oscuro y con César

dirigiendo la sesión, Gala tuvo la oportunidad de ampliar un negativo: una fotografía que había logrado crear interponiendo un vidrio entre el objeto y el lente. Y ahí, en la plancha de la ampliadora, con la música de Luis Eduardo Aute, fue apareciendo una mancha, que bien podía ser un pájaro muerto en mitad de la calle, o una mancha de Rorschach.

La imagen cobró vida como un terrible absurdo: una reproducción que adquiría sentido únicamente dentro de la mente de cada espectador, como un alma que habitara fuera del cuerpo. La percepción bidimensional se elevaba como una blasfemia que golpeaba la luz directa de la ampliadora sobre el papel fotográfico. Guitarras que al final de la historia lastiman con un mal que cura.

César eligió la imagen de Gala para la exposición que organizaría la escuela al final del semestre. Gala asistió el día de la inauguración, sola, para observar su imagen fotográfica enmarcada y colgada en una pared, junto a las de los alumnos de años más avanzados. Miraba con una sonrisa y con el redoble de su latido.

En algún momento, César se acercó a ella y de manera muy seria, le dijo que debían hablar. Gala lo acompañó a la dirección. Ya sentados uno frente al otro, junto al escritorio, el director le dijo que su madre tenía varios meses sin pagar la colegiatura; que ella ya no podía asistir a la escuela. Gala se retiró, sin despedirse de sus compañeros. Sin descolgar su fotografía.

A los pocos meses encontró su empleo como bartender. Ya había ganado varios reconocimientos de las empresas donde trabajaba, cuando yo la conocí. "¿Otro Amsterdam?", me preguntó Gala al ver mi copa vacía. ¿Te quedaste con el negativo de la foto de la exposición?", le cuestioné yo. "Debe estar en mi baúl", me respondió, "pero nunca he vuelto a verlo, ni he tomado mi cámara de nueva cuenta".

En ese momento, "Sin tu latido" comenzó a escucharse de las bocinas del bar. "Cuando encontré este trabajo, junté dinero unos meses y fui a buscar a César para pagarle lo que se le debía de mis clases, pero la escuela había cerrado", me dijo Gala.

Para ese momento en que me encontraba platicando con Gala, las cámaras que usaban película habían cedido paso a las cámaras digitales, la fotografía a color había ganado todo el terreno, e Instagram era un lugar común en los teléfonos celulares y era la plataforma perfecta para la proyección de muchos fotógrafos. Y Luis Eduardo Aute había muerto hacía unos días. Su latido se había detenido, dejando imágenes quietas sobre el papel, sobre telas de colores y en las bocinas de todo estéreo hispanohablante.



Sándor Márai

Sándor Márai (de nombre auténtico Sándor Grosschmid) nació el 11 de abril del año 1900 en Kassa, localidad ubicada en la época del nacimiento de Márai dentro del imperio austro-húngaro.

Su padre, de ascendencia alemana, era el juez y político Géza Grosschmid.

Desde el año 1918, Sándor Márai, que estudió Humanidades y Literatura en la Universidad Péter Pázmány, trabajó como editor y crítico literario en la ciudad húngara de Budapest, escribiendo en el Budapesti Napló.

Un año después viajó a Alemania, país en el que cursó durante un tiempo estudios de Periodismo y ejerció el papel de redactor en varias publicaciones.

En la década de los años 20, Márai, disconforme con el gobierno del simpatizante fascista Miklós Horthy, vivió principalmente entre Alemania y Francia, país en el que residió junto a su esposa Lola Matzner, con quien el escritor húngaro se casó en 1923.

A comienzos de los años 30 regresó a Budapest y en plena Segunda Guerra Mundial volvió a cargar contra los fascistas y los nazis.

En este período publicó su admirado libro de memorias "Confesiones De Un Burgués" (1934).

Cuando en el año 1948 el ejército soviético invadió Hungría, Sándor, también contrario a los regímenes comunistas, dejó su país harto del totalitarismo para exiliarse primero en Suiza, después en Italia y posteriormente en Nueva York, nacionalizándose estadounidense en el año 1952.

Tras la marcha de su país, su obra, tanto novelas, obras de teatro como poemas, fue prohibida en la Hungría comunista, hecho que provocó que su narrativa fuese desconocida internacionalmente hasta la caída del comunismo en los países del Este.

En el año 1968, tras vivir un tiempo en la ciudad italiana de Salerno, se instaló definitivamente en la localidad californiana de San Diego.

Algunas de sus novelas más importantes, escritas principalmente en el período entre 1928 y 1948, son "La Extraña", "Música En Florencia", "A La Luz De Los Candelabros", "Magia", "El Último Encuentro", "La Herencia De Eszter", "Divorcio En Buda", o "La Amante De Bolzano", esta última con el protagonismo del aventurero veneciano Giacomo Casanova.

Algunos de sus últimos trabajos publicados en español son "La Mujer Justa" (1941), libro escrito en los años 40 que a través de tres puntos de vista cuenta la historia de un pasional triángulo amoroso, "Los Rebeldes", novela de 1930 centrada en cuatro jóvenes en tiempos de la Primera Guerra Mundial, "La Gaviota", apasionada relación entre un alto funcionario y una misteriosa joven, "La Hermana" (1946), historia de un pianista que cae enfermo a causa de un extraño virus, o "Liberación", con centro en una joven de Budapest que sufre el totalitarismo nazi y el comunismo soviético.

Sándor Márai se suicidó en San Diego, California (Estados Unidos) el 21 de febrero de 1989. Tenía 88 años de edad.

ad pedem literae

"La vida es un deber que estamos obligados a cumplir, ciertamente un deber pesado y complejo, por el cual a veces es necesario soportar sacrificios."

Sándor Márai

Letras de buen humor

"Las matemáticas no mientan, lo que hay son muchos matemáticos mentirosos."

Henry David Thoreau

Mónica Lavín

Ciudades que extrañamos

Recogimiento, silencio, estar más cerca de la naturaleza. Mirar las jacarandas encopetadas de morado desflorar en tapetes luminosos, escuchar los trinos apareados con el amanecer, tomar las binoculares (esos para ir al teatro, de otra época, con su estuchito coqueto) y enfocar la copa del encino, la del Fresno, perseguir un revoloteo. Reconocer el pecho ocre de una de las aves que cuando extiende las alas al vuelo repite el color en dos bandas anchas que atraviesan las plumas. Asombrarse con los muy negros de pico amarillo limón, o los pequeños que parecen una fruta tierna con cáscara gris. Tenía una guía de aves de la Ciudad de México que no encuentro, tal vez la página del Instituto de Biodiversidad tenga la información: aves del Ajusco. Birdwatcher es una dedicación de naturalistas amateurs en el mundo. Alguna vez estuve en una casa antigua cerca de Orizaba donde solían ir grupos de observación de aves, también sé que Margaret Atwood, escritora que admiro, gusta de esa oportunidad. Es un rato de quietud, íntimo, hay algo de espionaje y de azoro. De poder nombrar la variedad, lo que se revela en la discreción de nuestra presencia. Este aislamiento obligado es una oportunidad de mirar hasta el follaje de los árboles urbanos de otra manera, es cierto, asombro por la naturaleza a pesar de que también la dispersión de virus, bacterias o patógenos ocurre allí. Darwin a toda potencia con el descaro incuestionable de la selección natural.

Aunque me asombra esa variedad de

las aves que pocas veces contemplo, extraño las ciudades. Paso estos días en la orilla de la mía, y extraño mi barrio con banquetas, el ruido de la cortina metálica cuando se abre la panadería y el expendio del café. Extraño un latte de máquina. Extraño las tiendas y los parques, los cines y los museos, las taquerías y los restaurantes, los caracoles de los jueves en La Valenciana. Hago una reverencia a la ciudad: la hazaña humana, la invención de los espacios donde se convive, se sobrevive; el señorío arquitectónico, las eras históricas, los modos de vida de una u otro barrio, la gente. Pero no extraño cualquier ciudad, tengo mis preferencias. Defiendo a capa y espada mi chilanguez y mi inclinación por ciertos barrios. Pero amo Madrid, la ciudad de mi abuela, la niñez trunca de mi madre en el barrio de Malasaña. Yo ya la adopté como mía. Por eso me duele el Madrid vacío, porque su afortunada combinación de desparramo provinciano y sofisticación cosmopolita es aliada del paseo, del bullicio restaurantero, de las peñas del Gijón con escritores y lentejas, del azoro del arte, de la calle tomada como vereda de arquitectura de distintos tiempos, el café, la copa, la tapa, la risa suelta. Madrid es greguería de Gómez de la Serna. Siempre las voces altas, el arreglo presuntuoso, los autobuses cómodos, el Retiro cuajado de castaños y de paseantes de todas las edades. La ciudad que no para, Mirala, mírala la puerta de Alcalá. Una ciudad volcada hacia el espacio público, con la música por delante, como revelan sus



cantos de balcón, sus videos aflamencados, su homenaje a Aute el día de su muerte. Una ciudad de cielo azul, Pongamos que hablo de Madrid, tan pronto Barrio de las Letras como Rastro hecho centro de arte, una ciudad limpia de la oscuridad del franquismo que presume su blancura en los edificios de la Gran Vía. Me duele verla vacía. Conozco sus días de abril de clima caprichoso, tan pronto lluvia, o hasta nieve como la reciente, o un calorillo inusual, y la entrada de mayo con el viento que desprende las semillas de ciertos árboles que caen a la garganta y provocan tos, recordando que pronto será el día de la Villa de Madrid, las fiestas de San Isidro que pondrá el sol, y la banda que cantará el Chotis y que bailarán las chulas con sus pañolones en la cabeza y vestidos ceñidos al cuerpo con sus Pichis de todas las edades con su saco de mascota negra

y blanca y sus boinas ladeadas. Llenarán las plazas y los parques por un día, recordando las romerías que Goya pintaba, estrenando cartelera taurina. El 15 de mayo es fiesta en Madrid. Me pregunto si será posible este año, y si no lo es, ¿cómo se llenarán en el ocaso los balcones de la ciudad que mira a la calle? Lo que estoy segura es que el día que se acabe la encerrona, la vida se descorchará en Madrid como un espumoso imparable. Se verterán todas las ansias de calle y abrazo, de café para mirarse, de ciudad para perderse y reconocerse y saludarse: hola Charito, Pepe, Juan, Juani, Federico, Ana, Maribel, Jandro, Lola, Pedro, Manina, María, Alvaro, María José, Juancho, Mercedes, Toscana, Sara, Lupita, Maru, Lenis. Con el "Flaco de Oro" entono: Madrid, Madrid, Madrid, en México se piensa mucho en ti y espero ser parte del descorche.